

en unos dias en que mas cundia la impiedad y el libertinaje.  
Ved aquí el asunto de mi

## SEGUNDA REFLEXION.

« ¡ Oh Señor Dios de mi salud! día y noche estoy clamando en tu presencia. ¿ Harás tú por ventura milagros en favor de los muertos? ¿ Acaso resucitarán para cantar tus alabanzas? ¿ Habrá alguno que en el sepulcro publique tus misericordias ó haga ostensible desde la tumba la verdad? ¿ Cómo han de ser conocidas en las tinieblas tus maravillas, ni tu justicia en la region del olvido? » (1) Estas palabras que el Profeta de los Salmos cantara un día al son de las harpas de los hijos de Coré, repitiéronlas en los últimos tiempos los hijos de la impiedad, mas no con el espíritu de aquel rey santo, para engrandecer el poder del soberano Jehová, sino con un espíritu de cinismo y de burla, para probar á su manera que era una preocupacion grosera y un loco fanatismo esperar que Dios hiciese patente su poder por la intercesion de los restos mortales de una criatura. Así pensaba un siglo corrompido y apóstata que se habia dado á sí mismo el sobrenombre de ilustrado, cuando plugo al cielo manifestar los tesoros de su omnipotencia y misericordia en el sepulcro de la ilustre vírgen y mártir Filomena. Ah! ¡ Justo era que la que con heroísmo noble habia despreciado un día el trono de los césares por permanecer firme en la fe de su divino esposo, fuese colmada de gloria en aquella misma ciudad en donde consumó su ilustre triunfo! ¡ Justo era tambien que un siglo que habia despertado contra el cristianismo el odio implacable de aquel que sacrificó á Filomena á la venganza de los Diolecianos, viese brotar de su sepulcro una fuente de vida, cuyas aguas regando los agostados campos del divino Labrador, produjesen frutos copiosos de fe y de sólida piedad!

Con efecto; no bien se levanta la lápida que cubre los restos sagrados de la santa vírgen, cuando por do quiera se esparce un olor suave como el de los rosales de Jericó. Al paso que las partículas de sangre desecada se van reuniendo en una urna de cristal, aquellas se transforman en otros tantos globulitos bri-

(1) *Psalm*, 87. v. 11, 12 et 13.

llantes y de un matiz variado. Los unos se asemejan al oro mas puro, los otros á la plata, estos centellean como el diamante, aquellos como el rubí, cuáles parecen esmeraldas, cuáles piedras de un precio inestimable; y todos á la par ofrecen á la vista la bella perspectiva del arco iris sobre un fondo celeste. ¡ Prodigio admirable! ¡ prodigio permanente! No, no es una ilusion de óptica, ¡ sabios locuaces! ¡ incrédulos mofadores! Es un hecho real y positivo. Si quereis satisfaceros, visitad como nosotros el santuario de Filomena, y quedareis convencidos de que el dedo de Dios es quien obra allí!

Pero estos prodigios no son sino los preludios de los que va á obrar el sepulcro de Filomena. La villa de Mugnano en el reino de Nápoles, era el santuario destinado á custodiar este precioso depósito. En su translacion se cuentan tantas maravillas como pasos. Todo es portentoso en esta augusta solemnidad. Los pueblos del tránsito salen en tropas á ver las grandezas que Dios ha obrado en su sierva, y ellos mismos son objetos de milagros multiplicados. Aquí se ve á una señora que por espacio de doce años padecia una enfermedad incurable, sanar repentinamente por la intercesion de la santa; allí á otra que en el momento en que se dispone á sufrir la amputacion de una mano, aplica á la llaga gangrenosa una reliquia y queda perfectamente curada. Siguen su viaje los restos sagrados, y en todas partes va señalando las huellas de los prodigios de la Providencia. El Arca santa trasladada desde Accaron á Betsames, sembraba la muerte y el espanto entre los Betsamitas que osaban fijar en su interior sus miradas (1). La urna que contenia las reliquias de la vírgen Filomena, derramaba el consuelo y los mas insignes beneficios sobre cuantos con fe se acercaban á ella.

Ya se acerca al lugar de su destino. El sonoro repique de las campanas anuncia su llegada. Todos los corazones ansían el momento de ver aquellos restos que les infunden la mas firme confianza de obtener del cielo gracias abundantísimas. Una especialmente es el objeto de sus deseos. El cielo se ha hecho para ellos de bronce. Seis meses hace que no han visto la lluvia; y los surcos sedientos no producen sino algunas yerbas mustias ya y agostadas. Oh! exclaman, ¡ cómo se aumentaria nuestro

(1) *I. Reg.* c. 6. v. 19.



amor y devoción hácia esa grande santa, si se dignase enviarnos una lluvia que regase nuestros campos!... ¡Cuán poderosa es la voz de la fe! Aun no habían callado las campanas, cuando todo el territorio se vió inundado de una lluvia benéfica que hizo suceder al llanto la mas imponderable alegría. No hay mas que un corazón, un sentimiento, una sola voz se oye por do quiera: Viva Dios! Viva la santa!

Deten tu marcha ¡siglo indiferente y carnal! Tú que juzgas indigno de la Providencia el ocuparse de sus criaturas acá en la tierra; tú que crees una blasfemia el decir que el Ser por excelencia se complace en manifestar su poder por medio de unos hijos del polvo, lanza una mirada reflexiva sobre el sepulcro de Filomena.... ¿Qué es lo que ves? Ora una madre tierna que viene á presentar sobre el altar el fruto de sus entrañas, á quien la invocación de la santa ha arrebatado de la tumba. Ora una noble matrona que salta repentinamente del lecho do yacia postrada largo tiempo, con solo haber pronunciado su nombre en presencia de una imagen. Este es un respetable eclesiástico, que no pudiendo encargarse de un destino que queria conferirle su prelado, á causa de los continuos vómitos de sangre que le afligen, toma en sus manos una estampa de la santa vírgen, implora su mediación, y ve desaparecer de repente su dolencia. Aquel es un leñador, que extraviado en una oscura noche y amenazado de un inminente riesgo, llama en su auxilio á Filomena, cuya imagen lleva guardada en su pecho, y ve aparecer una linda jóven que le conduce al camino deseado. Señor! ¡cuán admirable sois en vuestra santa! Donde quiera la veo enjugando las lágrimas del enfermo, consolando la pena del indigente, alentando al débil, socorriendo á la viuda, protegiendo al huérfano. No hay lugar que no vea marcado con sus milagros; no hay rincón en donde no halle los efectos de su intercesión. Los hallo en la choza del pastor abandonado; en el lecho de la parturiente que se halla en peligro; en la cuna del balbuciente infante que espira; en la tierra que el labrador riega en vano con el sudor de su rostro; en las gradas del cadalso, en todos los estados, en todas las edades, en todos los sexos... Cuéntenlos los que puedan; á mí no me es posible mas que admirarlos en silencio, y engrandecer la omnipotencia del que así se dignó manifestar su gloria en el sepulcro de una vírgen mártir.

Á vista de tan multiplicados prodigios, el siglo no pudo sustraerse á las fuertes impresiones de la verdad! El siglo empezó á creer en un Dios que hasta entónces habia acostumbrado á mirar con indiferencia. Viéronse algunos espíritus fuertes humillarse ante el polvo de una tumba, hacer el sacrificio de su orgullo, renunciar á sus envejecidas prevenciones, adorar la Providencia, y llorar sus errores á consecuencia de un insigne favor recibido de la santa vírgen. Viéronse hombres que dudaban aun del dogma de la creación, buscar humildemente una imagen de la ilustre taumaturga, y lograda, regocijarse en su fe como si poseyesen un gran tesoro. Viéronse hasta los mismos herejes é impíos derramar lágrimas de ternura á vista de los estupendos prodigios que por donde quiera se multiplicaban tan luego como se extendia su culto, y honrar su memoria con el mas cordial y sincero afecto. Vióse en fin una especie de resurrección universal de las tinieblas del error á la luz brillante de la verdad. Esta adquirió un nuevo prestigio; reasumió sus antiguos derechos; reconquistó con creces en algunos países lo que en otros habia perdido, y dió un nuevo movimiento y un nuevo impulso al siglo. No solo en Roma, Nápoles, Mugnano, Castelvétere, Monteforte, Lucera y demas ciudades y pueblos de Italia; sí que en Francia, en España, en Portugal, aun en Alemania y en la ciega Albion se han admirado y admiran cada día los frutos copiosísimos de fe que ha producido esa gallarda palma colocada nuevamente en el misterioso Eden del Salvador, la iglesia católica.

¿Y qué incremento no ha dado á la piedad cristiana el ejemplo de esta vírgen hija de la luz? Paréceme verla que á manera de una reina se levanta de la tumba vestida con el ropaje del candor y de la virginidad, y dirigiéndose á un siglo que ha corrompido todos sus caminos y héchose abominable por los excesos de la impureza y del libertinaje, le muestra sus sienas ceñidas de una diadema de cándidas azucenas, y le dice: Hé aquí el premio de la castidad y de la inocencia del alma. La mano del Señor me ha coronado con esta orla que nunca se marchita, porque luchando contra unas proposiciones seductoras, despreciando amenazas terribles, y mirando con sangre fría los tormentos, preferí ántes la pérdida de mi vida que el menoscabo de mi pureza virginal. Los dolores pasaron, y mi gloria no tiene fin; cesó el combate, y solo me resta un triunfo



pérrdurable. Yo gozo sin cesar de las caricias de un Dios que es todo beldad, y sigo sus pasos donde quiera que va; él es mi esposo amado, y yo la querida de su corazón. ¡ Dichosos aquellos que no mancharon sus vestiduras, ó las emblanquecieron con la sangre del Cordero!

El siglo comprendió este mudo lenguaje que le hablaron los restos sagrados de Filomena, y bien presto se palparon sus efectos. Coros numerosos de doncellas se asocian bajo su advocación, y tomando por símbolo la cándida azucena que ven en sus manos, consagran á Jesus su virginidad. Oh! qué espectáculo tan sublime y encantador presentó á los ojos de la iglesia aquella reunion de almas puras, que sin encerrarse en la oscuridad de los claustros, observan una misma regla, visten un traje idéntico, y en el seno de sus familias, en medio de un mundo avezado á perseguir con sangrientos sarcasmos á la piedad, viven como ángeles y guardan el voto que han emitido al pié de los altares con una edificacion universal! Jamas podré olvidar la memoria de aquel dia en que el sumo pontífice Leon XII, de gloriosa memoria, entusiasmado al saber este suceso, y enajenado de un gozo que rebosaba por su semblante, exclamó: « ¡ Este es sin contradiccion el mayor de los milagros « de LA GRAN SANTA! Qué! En un siglo en que es universal la « corrupcion; en un reino en que acaba de sufrir tanto la reli- « gion, se encuentran aun almas puras y generosas que se atre- « ven á despreciar públicamente al mundo y á la carne! ¡ Yo « las bendigo á todas!... » Y levantando sus manos llenas de los tesoros de la gracia, las bendijo diciendo: *¡ Sean todas benditas!*

No se limitaron á estos los frutos de piedad cristiana que produjo el culto de la vírgen Filomena. La asistencia á los templos, las prácticas de religion, el uso frecuente de sacramentos, fueron otros tantos triunfos que consiguió contra el indiferentismo y el libertinaje. El desbordamiento de las pasiones se contuvo ante la barrera que opusiera el ejemplo de la pura doncella. Fué respetado el tálamo nupcial; las costumbres tomaron un rumbo diverso del que hasta entónces habian seguido; se admiró mas celo en los padres, mayor sumision en los hijos, un fervor mas ardiente en los ministros del santuario, y en todos los estados brilló el órden y la moralidad. La europa, que gemia abrumada bajo el peso de millares de libros escritos

con la pluma del infierno, y que no respiraban sino putrefaccion y obscenidad, se lanzó con avidez sobre los numerosos ejemplares que se espaciaron de la historia de nuestra taumaturga; los devoró con hambre; admiró el heroísmo de la santa vírgen; se sorprendió á vista de los portentosos efectos que obraban sus restos sagrados donde quiera que eran honrados; los honró tambien; y siguiendo las huellas del pastor universal, los obispos, los preladados, el sacerdocio, el pueblo, ancianos, jóvenes, matronas, vírgenes, pequeñuelos, cuantos oyeron hablar de Filomena, se enamoraron de esta nueva flor, ambicionaron sus imágenes, pidieron con instancias sus reliquias, la elevaron altares, la consagraron festividades, la aclamaron la santa, la taumaturga, la abogada universal y muy poderosa delante de Dios.

¡ Qué mayor triunfo pudiera apetecer la fe! ¡ Qué mas podia esperar la piedad! Oh! ¡ Dichoso mil veces el dia en que el mundo vió aparecer en la ciudad eterna el sepulcro de Filomena! ¡ Jamas se borrará su memoria mas suave que el panal del corazón de los fieles! De él destila sin cesar un licor que adormece los dolores, calma los pesares, hace olvidar el infortunio, destierra la muerte, vivifica el alma, engrandece el espíritu, reanima el valor, despierta la fe, promueve las buenas costumbres, los afectos castos, los buenos deseos, y es una prenda segura de esperanza. ¿ Habrá pues todavía quien mire con extrañeza la rápida propagacion del culto de esa vírgen mártir, y el dulce embeleso que causa donde quiera que llega á penetrar? Se obstinarán algunos en tachar de supersticiosos y furiosamente fanáticos á los que nos gloriamos de ser sus apasionados y devotos? ¡ Querrán que seamos indiferentes á la tierna memoria de una heroína ilustre de Jesucristo, que sepultada por largo tiempo en la oscuridad de una tumba, se levantó en nuestros dias de entre el polvo, cercada de gloria y de inmortal resplandor, llenó al mundo de prodigios, hizo correr sus gracias á manera de torrente, dispensó sus favores al enfermo, al menesteroso, al huérfano, á la viuda, al sacerdote, á la vírgen, al parvulito; dió á un siglo incrédulo un movimiento visible hácia la fe, é hizo reinar la piedad en el seno de la corrupcion y del desórden? ¡ No habremos de entonar himnos de victoria á una nueva Judit, que con su espada flamígera deca-



pitó al Holofernes de los últimos tiempos, haciendo huir desparvoridos ejércitos numerosos de impíos, que ante los muros de la ciudad santa se complacian en contemplar su derrota? ¡Decid, oh hijos del error, que el Dios de Filomena no ha triunfado completamente! ¡Decid que la filosofía no ha perdido todavía su antigua influencia! ¡Decid que las modernas doctrinas están llamadas á dictar sus leyes al universo! ¡Decid, en fin, que las victorias de la fe no son tantas como se juzgan por los supersticiosos y fanáticos! Qué! Sabemos bien que hay todavía incrédulos; sabemos que hay apóstatas; sabemos que hay herejes é impíos. Conviene que los haya para mayor gloria de la religion y de la iglesia. No pretendemos formar un mundo quimérico. Estamos persuadidos que la esposa del Cordero tendrá siempre que combatir. Pero.... aun hay guerreros en Israel; todavía hay quien defienda al pueblo santo. El Dios que llama así lo que no es para confundir y destruir á lo que cree ser alguna cosa, él que escoge los humildes para prostrar á los arrogantes y poderosos, tiene tal vez destinado al polvo de un sepulcro para abatir el error y dar por tierra con la impiedad. ¿No veis como la fama de la purísima vírgen que fecundó con su sangre las orillas del Tíber, atraviesa el continente europeo, y se extiende hasta las márgenes del Indo? ¿Juzgais un efecto casual el que Dios háya descubierto este tesoro despues de quince siglos que yacia en el ovido? Menguados! ¡Tal pensareis los que jamas supisteis pronunciar sino con blasfemia el nombre de Providencia! El cristianismo empero que adora la mano invisible y el poder sumo de esa madre benéfica y siempre misericordiosa, ve en ello designios mas elevados. Tal vez, sí, tal vez llegue un día en que tomando mayor incremento el movimiento religioso que han excitado las cenizas de Filomena, os veais precisados á reconocer lo que ahora os obstinais en negar. Quizás cuando el error levantando mas erguida su frente aparezca fiero y amenazador ante los pabellones del santuario, se levante esa nueva Jael con el clavo y el martillo en la mano, y taladrando las sienas de ese impío Sísara destroce para siempre los designios de los hijos de Chanaan. Entónces solo os restará perecer ó unir con los nuestros vuestros acentos, y cantar como allá Débora y Barac en el triunfo de la esposa de Haber: «Nuevo y maravilloso

« modo de guerrear ha escogido el Señor; él ha destruído las « fuerzas de los enemigos por medio de una mujer (1). »

Todo es de esperar, oh insigne taumaturga, de tu intercesion poderosa, y del empeño que hasta ahora ha manifestado el Señor en glorificar tu sepulcro. Nuestros corazones se regocijan con esta idea tan halagüeña. ¡Plegue al cielo que no se vea frustrado este sentimiento íntimo que nos anima! Recibe entre tanto los afectuosos obsequios que te ofrecemos, pruebas de nuestra devocion, y testimonios de nuestra confianza en tu eficaz valimiento. No desdeñes estas flores con que venimos á ornar tus sienas virginales. Mira que ellas son frutos de tu sepulcro. Allí las recogimos; á la sombra de tus preciosos restos crecieron, y sus olorosos perfumes son los que atrayendonos hácia él, nos hicieron amarte como á un ángel de paz. Danos tú en cambio los deliciosos frutos de una fe viva, de una esperanza firme, de una ardiente caridad. Comunícanos un valor igual al tuyo para resistir á la seduccion de las pasiones y á las falsas promesas del mundo; el amor de la pureza, de la humildad, y de todas las virtudes. Sé nuestro recurso en las empresas arduas, nuestro apoyo en la debilidad, nuestra fuerza en el combate, nuestro consuelo en la afliccion, y en todas nuestras necesidades una intercesora benigna. Con tu auxilio nada temeremos. Aun cuando el cielo se oscurezca, aunque se condensen las nubes, y veamos el rayo sobre nuestras cabezas, y oigamos estallar el trueno présago de la tempestad, invocaremos tu nombre; pediremos al Señor que escuche tus ruegos; le presentaremos tus méritos, tus combates, tu virginidad, tu martirio; y no dudamos que el cielo sensible á tus plegarias, nos alcanzará lo que solo puede venir del seno del Ser y de la inmensidad. Sea así ¡oh dulce Filomena! y llegue un día en que podamos gozarnos en tu compañía por eternidades de eternidades en la gloria.

(1) *Judic. c. 5. v. 8.*